

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 52.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

Moros y moritos.

La cuestión de Marruecos, es la nota de actualidad, y ciertamente que los españoles, siguiendo nuestra tradición, hemos quedado como siempre; los de abajo, los dirigidos, bien; los de arriba, los que gobiernan, mal, muy mal.

Treinta y siete marinos, a las órdenes de un oficial, tienen que tomar a la bayoneta el consulado español y la Iglesia de los PP. Franciscanos, en cuya torre encuentran un sitio estratégico de primer orden y un refuerzo de no escasa importancia; siete hombres decididos, tres de los cuales atraviesan bajo las balas enemigas un kilómetro, hasta llegar al puerto, y ayudan a traer dos ametralladoras, en ocasión tan crítica, que sin su auxilio hubieran perecido las pequeñas fuerzas francesas y españolas, a pesar del vivo cañoneo a cuyo amparo desembarcaron. La situación iba siendo muy apurada, cuando con oportunidad grandísima llegó la escuadra francesa, que aumentó el bombardeo y desembarcó cuatro mil hombres, que se apoderaron de la ciudad cuando los destacamentos empezaban a quedarse sin municiones. Acampadas estas fuerzas fuera de la ciudad, las atacaron los moros, obligándolas a repliegarse bajo la defensa de los cañones de los buques, hasta que habiendo desembarcado muchos cañones de tiro rápido, pudieron ametrallar y barrer literalmente las masas mahometanas, que dejaron el campo sembrado de cadáveres.

Hay detalles terribles que prueban la violencia de los combates. Una granada francesa hizo blanco en un bote del *Alvaro de Bazán*, y desmontó la ametralladora con que hacía muchas bajas a los moros; dos destacamentos franceses se tirotearon mutuamente más de media hora, y el General francés Drude ha pedido un refuerzo de tres mil hombres para sostenerse en Casablanca. No es posible que Francia le mande ese refuerzo, ni que vaya a poner veinte mil hombres en cada puerto marroquí. Si el Sultán no logra castigar a las kabilas; ó las potencias unidas ponen en Marruecos un ejército de cien mil hombres que arrasase las proximidades de la costa, ó no queda en todo el Imperio europeo, más que en los sitios que puedan ser iluminados por los reflectores y defendidos por los cañones de las escuadras.

Mientras tanto, los periódicos de Francia no se ocupan para nada del heroísmo de los soldados españoles, ni los mencionan nunca; los de Alemania se quejan de que los franceses han destruido y saqueado las posesiones de los alemanes, y los de Inglaterra dicen que dos regimientos de Gibraltar han recibido orden de estar listos para marchar.

Novotro, para mandar tropas, nos tenemos que valer de los buques mercantes; para reforzar la escuadra, mandamos un cañonero, y el Ministro de Marina ha declarado que con lo que se gasta ahora en reparar el interrumpido cable de Ceuta, se podía haber hecho en varios puntos de la costa la instalación de la telegrafía sin hilos.... Hablamos de otra cosa.

A. L. A.

LA FAMILIA CRISTIANA

(FRAGMENTOS)

En los hogares donde la madre no ama a sus hijos ó los hijos no respetan a sus padres, no se honra la edad ni la dignidad, y el disgusto y la amargura imperan constantemente. (San Agustín de Nola).

—¿Qué tiene que ver el amor con esa Bell-

gión? ¿Y qué es un hombre sin ella? ¿Qué es un hogar sin esa luz y ese calor? ¡Cielo santo! Yo me imagino una familia que jamás invoque el nombre de Dios. ¡Qué cárcel! ¡Qué lobreguez! Aquellos dolores sin consuelo, aquellas contradicciones sin la resignación cristiana; aquellos hijos creciendo sin mirar jamás hacia arriba; aquellos niños sin el culto a la Virgen; aquellos labios de rosa, mudos para la oración al ángel de la guarda, ¿en que se emplean? Y mañana esos niños crecen, y como en su corazón no había semilla alguna, nada fructifica en ellos, y vienen las pasiones y las luchas y la razón sola no alcanza a sobreponerse a los conflictos. Después llega el desaliento y temor a los restos humanos, que cada uno entiende a su manera, y por último la desesperación. —Pereda.

—Un oficio, una profesión, se reconocen por los instrumentos que usan los trabajadores. Entráis en un taller; veis martillos, sierras y cepillos, y decís: he aquí una carpintería. Es necesario que los cristianos también muestren su santa profesión, que se encuentre en sus casas un objeto que les sea peculiar. Entro en una casa y me pregunto: ¿dónde estoy? Si veo un crucifijo, una sagrada imagen, un libro piadoso, me digo, aunque esté muy lejos de mi patria: «Estoy bien acompañado, es la casa de un cristiano. —(P. Miletol).

VIVE (1)

¡Se muere! — así corría
De boca en boca con amargo acento.
¡Se muere! así lo dice
La ciencia; no hay remedio.
Sólo queda a estas horas,
De su robusto cuerpo,
Una piel que se pega
A un misero esqueleto,
Con unas venas que a la vista escapan,
Con unos hilos que parecen serrios,
Sin tensión y sin vida,
Cual flejas curvas de instrumento viejo.
¡Se muere! así lo dice
La ciencia; no hay remedio.

Y en verdad se moría
Cuando llegó a su lecho.
Sus ojos ya velados;
Su rostro cadavérico;
Los accesos de tos que se perdían
En el fondo del pecho,
Como se pierde en el profundo abismo,
Ancho en su base y en su boca estrecho,
El ruido que levantan
Monstruos y sierpes que garraca dentro;
Sus ligeros temblores;
Sus débiles acentos,
Ruidos de vaile que despide el día
De la noche al sentir el frío beso;
Señal eran segura
Del triunfo de la muerte en aquel cuerpo.
La habló del cielo que el Señor nos guarda;
De luchas y de premios;
De coronas de virgen; de las horas
En que, abrumada de su amor al peso,
Ante las gradas del altar gemía
Queriendo, sin poder, volar al cielo;
Del Dios que nos espera,
Con los brazos abiertos,
Allí donde se tocan
La eternidad y el tiempo,
Y sus ojos al cielo levantando,
Y sus manos cruzadas sobre el pecho,
«Tu voluntad se cumples»,
Dijo la pobre de placer riendo.
De la pequeña bolsa,
Que justo al corazón pendiente llevo,
La ofrecí un relicario,
El más preciado que entre todos tengo,
Un pedazo de tela
De un manto que mi Virgen llevó pupeto,
Esa Virgen bendita,
Orgullo de Aragón, perla del Ebro.
Lo tomó entre sus manos,

(1) Histórica.

Y después de besarlo, lo cogió a su cuello.

¡Fué milagro! lo ignoró,

Aunque bien a mi juicio pudo serlo;

Al cabo de diez meses

Vive aún la enferma que encontré muriendo.

M. de Santa Catalina.

La verdadera civilización.

No, no sabes leer; sabes leer los libros que han escrito unos cuantos hombres tan pobres como tú; pero en el libro del gran sabio, en el libro de Dios, no sabes leer. El nombre de Dios está escrito en todas las páginas de la creación, de mil maneras distintas, lo lleva escrito en sus alas el pájaro; en sus pétalos la flor; en todas y cada una de sus hojas el bosque; con sus rugidos le llama el león en el desierto; y con voces distintas, en su coro inmenso, le llaman todos los animales del aire, de la tierra y del mar, para que les dé el diario alimento; lo canta la noche los suspiros, los ríos con dulces murmurios. Lo lleva escrito el sol en su corona de fuego; lo noche lo escribe en el firmamento con letras de diamantes; es el lema grabado en el escudo de la casa real de Dios estampado en todas las piedras de este inmenso palacio que llamamos Universo. Todo vive de ese Dios, abre su mano y todo se llena de los beneficios de su bondad; cierra su mano, y todo desfallece, los ríos se secan, las flores se marchitan, los cielos se apagan, los animales mueren, los mundos perecen, la vida se extingue. Frente a un Dios tan grande y magnífico aparecen tú, que no has creado nada; que comparado con el mundo eres un ser microscópico, que tienes la vida en alquiler, que te moriras mañana, sin que te heche de menos ninguna criatura, y rompiendo ese universal concierto de armonías te atreves a mirar con desprecio a Aquel que te dió el ser, y todo este mundo para tí recreo. ¿Cómo no me has de parecer sus palabras ayos de un alma serena y penitente? Todas las almas sencillas y buenas, se detienen ante las obras de Dios y leen de corrido su nombre; todos exclaman: ¡Dios mío! ¡Dios mío! Sólo tú y otros tan tontos como tú miran esas obras y no ven nada, pasan de largo, como se cierra un libro que no se entiende. — ¡Parece mentira que viva Ud. en medio de esta civilización moderna y sepa tan poco de ella!

—¿La civilización moderna? La civilización que no hace a los hombres más buenos, no puede hacerlos más felices; no es, por lo tanto verdadera civilización. Yo creeré en la civilización, cuando vea a los hombres más dichosos, más pacíficos, más justos y mejor alimentados; pero mientras vea que la honradez es un artículo de contrabando, que la justicia es un objeto de lujo, que el egoísmo es el pan de cada día, que la paz de las naciones descansa sobre puntas de bayonetas, que el amor es la careta con que se disfrazó el interés privado, que el deber es una frase retórica y el derecho una cosa que se pisa, lo repito, no creeré en esa civilización.

—Pero oiga Ud. ¿no ha oído hablar nunca de esas fabricas en donde se confeccionan, con una abundancia y facilidad pasmosas tanta diversidad de telas y de objetos como llenan el mercado del mundo? ¿No ha oído hablar de los vapores que surcan los mares, de los trenes que devoran las distancias, poniéndose en comunicación con los países más remotos, de los globos que hunden los aires?...

—Mentira me parece que haya seres racionales que consideren a todo eso como el *sumum* de la civilización humana. Porque, mira, y fijate bien, porque tendrás algunos el cerebro tan encañecido, que os cuesta mucho entender las cosas. Yo creo que la civilización humana debe ser superior a la civilización de los animales, y esa civilización de que me hablas es una civilización muy vieja ya, aun entre los mismos brutos, muchos de los cuales la conocen desde que el mundo es mundo. Que hay comarcas en donde

abundan las fabricas de hacer telas para uso del hombre; desde que el mundo es mundo ya los animales todos y cada uno de ellos están al frente de una fabrica para su uso particular. El corlero tiene su fabrica de lanas para vestirse; el pájaro tiene su fabrica de plumas para abrigarse; el pez su fabrica de escamas; la concha su fabrica de perlas; la abeja su fabrica de miel, etc. etc. Y estas fabricas producen en tanta abundancia que, sobrándoles productos, los entregan gratuitamente al hombre. ¿Qué corren los trenes? más corre la paloma y el ciervo y muchos de los peces del mar. ¡Hasta que los hombres les lleguen y alcancen en velocidad a ciertos pájaros! ¿Que volarán los globos? por el papel en que esto escribo se está pasando una mosca que tiene inventado eso de la navegación aérea desde que nació, y lo mismo todos los insectos, todas las aves, que son otras tantas quinientas de volar; ¿cómo quieres que yo me entusiasme de una civilización que cifra su gloria en llegar a inventar lo que tiene ya inventado el último de los mosquitos? Convergamos en que yo tengo de la civilización un concepto mucho más elevado que tú, para quien, por lo visto, la civilización no es más que un muñeco mecánico que abre la boca y mueve los ojos para distraer al hombre de cosas más altas de que la sociedad carece y en las cuales vivirá cubierta, tal vez, por un manto de púrpura, pero revolotándose en un montón de cieno. ¿Quieres ver la noticia de que un frauce ó un alemán han inventado a la perfección la dirección de los globos, y que on adelante los hombres podrán volar como las águilas, ya verás a la Prensa de todos los matices deshacerse en elogios, llover condecoraciones sobre el inventor cuyo nombre se pondrá en las esquinas de muchas calles y cuya estatua se levantará en medio de las plazas; y muchos de esos hombres que meterían tanto ruido para glorificar a tal inventor, ven esa muchedumbre de maquinistas voladoras elegantísimas y de todos los tamaños, y si siquiera tienen una palabra de alabanza para Dios que las ha hecho, ¿qué digo, hasta parece que se avergüenzan de tributar el más ligero homenaje. Órdeno, hombres como tú, con toda vuestra ciencia, sólo me daréis risa, si no me dáiséis compasión.

—Que no me convence, Sr. Mago.
—Pero ¿qué te has creído, que yo intentaba convencerte? Los necios no se convence nunca. Yo lo único que intentaba era apagarle los fuegos con mi batería; lo he conseguido, me basta: *Stultorum infinitus est numerus.*

El Mago.

Don recortes y algunas consecuencias.

De *El Universo*, periódico católico diario, de Madrid, corto y pego el siguiente telegrama:

«TÁNGER, 10.—Se conocen ya más detalles del asalto al convento español de Franciscanos de Casablanca.

En la noche del 6 al 7, en el primer asalto de la ciudad, los bárbaros marroquíes utilizaron la misión Franciscana, logrando al poco tiempo derribar sus puertas.

Una vez abierto el convento, hubo una verdadera irrupción de la morisma.

Los kabilanos se despararraron por toda la casa, saqueándolo todo. Tanto los ornamentos como los libros y vasos sagrados y objetos del culto fueron robados.

Dedicándose luego a buscar a los religiosos, que al ver tal irrupción se refugiaron en la torre.

Los religiosos se salvaron así, menos tres de ellos, que quedaron en poder de los moros. Ya se lo llevaban prisioneros, cuando cuatro marinos españoles, con una bravura legendaria y luchando casi cuerpo a cuerpo, libertaron a los tres Franciscanos.

Estos se arrojaron en brazos de los marinos, desarrollándose una escena conmovedora. Los frailes y los soldados, casi llorando, se abrazaban y daban vivas a España.

Tanto en la colonia española de Tánger como en toda la extranjera, no se habla de otra cosa que de la bravura de nuestros marinos.

De todo lo cual deduzco: 1.º, que los cuatro valerosos marinos del copiado telegrama, son,